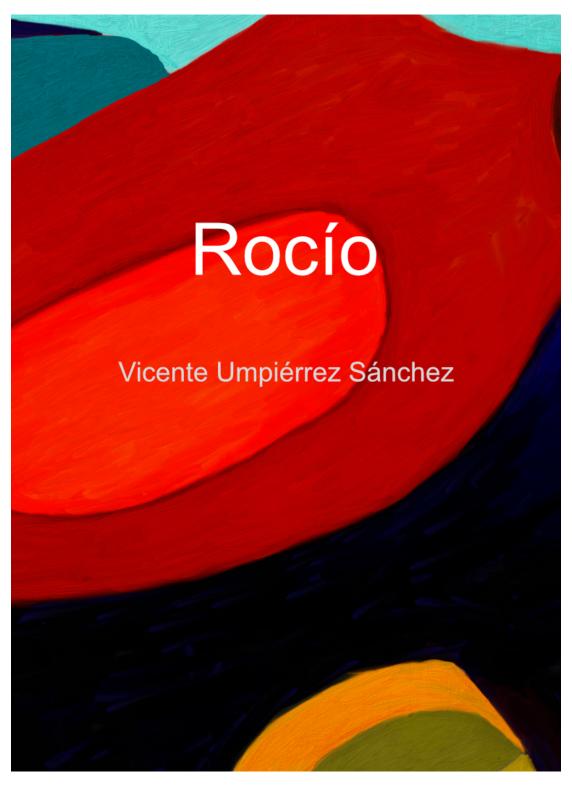
Rocío

Vicente Umpiérrez Sánchez



Capítulo 1

Rocío

Situados en ti, los colores negro y rojo discutían amigablemente. Se empleaban a fondo para hacer resaltar, aún más, tu sencilla belleza, que es la forma más plena, intensa y profunda, que tiene la belleza de existir. Vestías de negro. Tu chal, la pintura sobre tus labios, el esmalte sobre las uñas de tus manos, aportaban el color rojo, que tenía como encargo el llevar dulcemente la contraria. No me fijé en los detalles de lo que llevabas puesto, lo que vi, lo vi de paso. Porque andaban mis ojos en otros menesteres, buscando a tus ojos. Andaba yo esperando que me alcanzara una mirada tuya, pero tus ojos se negaban a mirarme. Yo me defendía con mi paciencia, el futuro nadie lo conoce, me decía a mí mismo para animarme.

Comenzó a sonar el David Penitente, de Mozart. Qué mala suerte la mía, o qué enrevesado el destino, una compañera del Coro y un músico de la Orquesta te cubrían, te apartaban de mi vista. Me pasé el concierto luchando en vano por alcanzarte con mi mirada, le estaba prestando muy poca atención a los argumentos musicales de Amadeus, él no me estaba viendo.

Después de los aplausos, la gente dejó la iglesia y salió a la calle. Pude encontrarte, pero no conseguí ni una mirada tuya, al final tuve que rendirme. Me alejé del lugar con la esperanza rota y con mis ojos muertos de sed. Mañana será otro día.